

La Comédiathèque

Cama y Desayuno

Jean-Pierre Martinez



comediathèque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Cama y Desayuno

Jean-Pierre Martinez

Huyendo del estrés de la vida parisina, Adán y Eva se han instalado en una antigua granja donde, para romper un poco el aislamiento y complementar sus ingresos, han acondicionado una casa rural. Pero su primera pareja de clientes llega, y pronto descubrirán que en este pequeño rincón del paraíso, el infierno son los huéspedes...

Reparto

Adán

Eva

Francisco

Bernarda

TARDE

Una terraza que sirve como sala de estar en una granja restaurada en las montañas. Adán y Eva están sentados uno al lado del otro en tumbonas.

Eva – ¡Qué tranquilidad...! Por la mañana, los pájaros me despiertan en lugar de la alarma de mi teléfono móvil... Ya llevamos casi tres meses aquí y todavía no puedo creerlo... Me siento como en el paraíso.

Adán – La calma antes de la tormenta...

Eva – Esto es el paraíso en la tierra. Pero aún así, hay que seguir ganándose la vida con el sudor de nuestra frente. Tú, obviamente, puedes pintar en cualquier lugar : yo soy tu modelo...

Adán – Mi musa...

Eva – Yo, ¿qué querías que hiciera aquí, aparte de abrir habitaciones de huéspedes y vender queso de cabra?

Adán – Mmm...

Eva (*pensativa*) – Nuestros primeros clientes...

Adán – El bautismo de fuego.

Eva – Tendremos que estar a la altura. Confío en ti. Tu amabilidad natural... Tu sentido de la hospitalidad...

Adán – Y ellos, ¿crees que estarán a la altura? (*Pausa*) ¿Te das cuenta? Dejamos París para escapar de todos esos idiotas, y ahora, todos los fines de semana, los tendremos durmiendo en nuestra casa...

Eva – Y cenando...

Adán – Oh no... No me digas que también han reservado para cenar en nuestra mesa de huéspedes...

Eva – ¡Quizás sean muy simpáticos! Puedes considerarlos como amigos que he invitado...

Adán – A mis amigos no les cobro.

Eva – No. Además, casi nunca los invitas...

Adán – Puede que tengas razón. Al menos, si son idiotas, cuando nos hagan un cheque antes de irse, sabremos por qué perdimos nuestro día cocinando para ellos y nuestra noche haciéndoles conversación.

Eva – Después de todo, depende de dónde pongas la barrera para distinguir a los idiotas del resto de la humanidad. Tal vez nosotros también seamos idiotas. ¿Qué es para ti una pareja de idiotas?

Adán – No lo sé... La estupidez no se define, se constata. Conoces la frase "no hay amor, solo pruebas de amor". Bueno, con la estupidez es igual...

Eva – Mmm...

Adán – No los hemos dejado hace tanto tiempo, recuerda. ¡Una pareja de idiotas se reconoce incluso en la oscuridad! (*Eva le lanza una mirada distraída.*) ¡Cuando llegan tarde al cine, por ejemplo! En lugar de sentarse al final de la fila, saltan sobre diez personas para sentarse en medio. ¡Encima de tu sombrero! Luego consultan las pantallas luminosas de sus teléfonos móviles durante diez minutos para asegurarse de que el mundo pueda seguir girando sin ellos durante lo que queda de película.

Eva – Cuando la Señora no sale de la sala quince minutos después para contestar una llamada urgente. Para no molestar a nadie.

Adán – Entonces, puedes estar seguro de que estás lidiando con una pareja de idiotas de clase internacional.

Eva – Ya no corremos el riesgo de tener ese tipo de problemas aquí. El cine más cercano está a cincuenta kilómetros.

Adán – Ah, ¿sí? Desafortunadamente, el idiota es muy móvil, ¿sabes? Se mueve, el idiota. Incluso en los caminos en mal estado que conducen a los pequeños rincones paradisíacos cuyas direcciones imprudentemente se han publicado en el sitio web de Casas Rurales... (*Se escucha el ruido de un motor y el balido de las cabras perturbadas por el vehículo.*) Mira, ahí vienen...

Eva – ¿Ya? ¿En serio? ¡Dios mío! Ni siquiera he terminado de limpiar su habitación...

El ruido del motor se aleja.

Adán – Ah, no. Esos solo están de paso. Deben estar en migración hacia el sur. Es la temporada.

Adán comienza a enrollar un cigarrillo.

Eva – ¿Y si voy a recoger fresas silvestres? Son tan fragantes. Podría hacerles una tarta. No todos los días comen fresas silvestres en París. ¿Vienes conmigo?

Adán – ¿A dónde?

Eva – ¡Pues al bosque!

Adán – Espera, una fresa silvestre es microscópica. ¡Necesitarías al menos mil para hacer una tarta!

Eva – Si es una tarta pequeña...

Adán – Solo con pensarlo, ya me duele la espalda...

Eva – Yo las recojo, entonces. Tú me haces compañía. Además, podrías aprovechar para hacer algunos bocetos, te airearía un poco...

Adán – ¿Paisajes? Los impresionistas pintaban al aire libre. Yo soy un pintor de interiores. Y además, tengo la impresión de que el clima se va a poner feo, ¿no?

Eva – Vaya tontería mudarse a las montañas si sigues pintando desnudos en tu estudio... Entonces, ¿vienes conmigo?

Adán – No, sinceramente, no soportaría verte agotarte por gente que ni siquiera conocemos. Y que seguramente son completamente incapaces de diferenciar entre tus diminutas fresas silvestres y una auténtica fresa español, del tamaño de un melón, entregada directamente en tu plato en avión desde su invernadero de plástico con riego automático.

Eva – Reconozco que la ventaja es que solo se necesitan tres o cuatro para hacer una tarta. Debe de haber algunas en el congelador...

Adán – A veces me pregunto qué estamos haciendo aquí.

Eva – Fui yo quien tuvo la idea de dejar la ciudad para instalarnos en el campo, pero tú elegiste este lugar...

Adán – Es cierto. (*Emocionado*) Es el paraíso... (*Recuperándose*) Pero en el paraíso solo estaban Adán y Eva... No se les ocurrió la descabellada idea de abrir una casa rural. Sí... Disfrutamos del paraíso durante tres meses, pero ahora verás. Como dijo este famoso filósofo francés : el infierno son los otros...

Eva (*con ironía*) – Citar en la misma frase la Biblia y Jean-Paul Sartre... Te has superado a ti mismo...

Adán – En fin, al menos es una habitación para dos personas solamente. Al menos nos libraremos de los niños. No soporto a los niños de otros.

Eva – Y como nosotros no tenemos...

Adán – Sí, bueno, si los tuviéramos, creo que los soportaría más fácilmente que a los de otros... (*Enciende su porro y se lo ofrece a Eva.*) ¿Quieres?

Eva – No, gracias...

Adán – Es orgánico... Cultivo propio...

Eva – Necesito mantenerme lucida para recibir a nuestros huéspedes... (*Se levanta*) Bueno, tienes razón, las fresas silvestres serán para después. Voy a empezar haciendo sus camas, es más sensato. ¿Y tú? ¿Cuál es tu plan para el resto del día?

Adán – Creo que voy a echarme una siesta. Para estar a tope esta noche, y poder entretener a nuestros huéspedes, como en la fiesta de un club de vacaciones...

Eva – Ahora me empezas a asustar... (*Eva se dispone a entrar en la casa.*) Bueno, preferiría que no te encuentren fumando un porro cuando lleguen...

Adán – Ya está. Adiós a la libertad. Ahora tendré que esconderme para fumar... Pero no te preocupes. Los oíré llegar, con su todoterreno diésel retumbante...

Eva desaparece. Adán se queda solo, fuma algunas caladas de su porro, luego cierra los ojos y comienza a adormilarse. Una mujer aparece en la terraza. Va vestida con ropa de senderismo, con una cruz alrededor del cuello, y lleva una mochila. En resumen, tiene un aspecto de scout, incluyendo la boina. Al principio no ve a Adán y, sorprendida, no sabe qué decir.

Adán (*abriendo los ojos*) – Así que cambiaste de opinión? ¿No quieres hacer la siesta juntos después de todo...?

Adán ve a Bernarda y se da cuenta de su error. Como un niño atrapado en falta, aplasta su porro apresuradamente e intenta dispersar un poco el humo. Ella está aún más incómoda que él.

Bernarda – Hola... Perdóneme... No quería despertarle.

Adán – No, no, no estaba realmente durmiendo... ¿Está recaudando fondos para los Scouts...? Pensé que al venir aquí a exiliarme, también estaría a salvo de eso...

Bernarda (*sonriendo*) – Soy Bernarda... Fui yo quien los llamó... Acerca de la reserva...

Adán (*notando la mochila*) – Ah, entiendo... Pero no era necesario traer un saco de dormir. Mi esposa está preparando su habitación. Ahora, si prefieren acampar en el jardín...

Bernarda – No, no... Son solo nuestras cosas de viaje...

Adán – No me diga que vinieron caminando desde París...

Bernarda – Solo desde la estación de tren. Empezaremos a caminar mañana. Estamos haciendo el Camino de Santiago. Un pequeño tramo cada año...

Adán – ¿En alojamientos con desayuno...?

Bernarda – Tranquilícese, no somos fundamentalistas.

Adán – Ah, pero no estaba preocupado. No tenemos nada en contra de la religión...

Bernarda – En realidad, apenas creemos...

Adán (*impresionado*) – En mi vida, he visto muchas cosas apenas creíbles, pero es la primera vez que conozco a peregrinos apenas creyentes... Al menos tendremos un tema de conversación para esta noche...

Bernarda – Antes solíamos pasar nuestras vacaciones en Toscana, pero se ha vuelto tan cliché... ¡Y sobre todo tan caro!

Adán – ¿Han probado la Extremadura? Se dice que en verano es más barato...

Bernarda – Lo fue... Ahora, si supieran... También se ha vuelto inasequible.

Adán – Así que han optado por un peregrinaje. Pero por favor, dejen su mochila. ¿Quieren tomar algo?

Bernarda deja su mochila.

Bernarda – Tomaría un vaso de agua. (*Adán le sirve un vaso de agua.*) Para nosotros, este peregrinaje es más bien... una búsqueda espiritual muy personal.

Adán – Sin arruinarse, tienen toda la razón.

Bernarda – También es una oportunidad para hacer algo de ejercicio, perder algunos kilos y descubrir Francia de otra manera.

Adán – Lo entiendo perfectamente. Yo mismo voy a pie a la misa de medianoche todos los años. Y es sobre todo por el ambiente...

Bernarda – También para encontrarnos un poco. Quiero decir... con mi esposo.

Adán – Ah, sí... ¿Y dónde está él...?

Bernarda (*levemente preocupada*) – Empiezo a preguntarme si no lo he perdido ya... Insistió en tomar un atajo... (*Con una mirada comprensiva*) Ya sabes cómo son los hombres... Tuvimos una pequeña discusión sobre dónde pasaba el sendero GR... Nada serio...

Bernarda moja sus labios en su vaso.

Adán – ¿Y cuántos kilómetros hacéis al año así?

Bernarda – Depende de los años. Pero calculamos que a este ritmo, nos quedan diez años más para completar el peregrinaje.

Adán – Para entonces, tal vez hayan recuperado la fe.

Bernarda – Su casa es realmente magnífica. Incluso más bonita que en el sitio web. ¿Son de la región?

Adán – No... Nosotros también somos bohemios parisinos en busca de espiritualidad. Pero elegimos la opción sedentaria. Compramos esto hace seis meses a una pareja de agricultores endeudados. Ya no podían pagar el crédito de sus vacas.

Bernarda – Ah, sí, con la crisis en la industria láctea.

Adán – Así que compramos la granja a la viuda por una ganga...

Bernarda – La viuda...

Adán (*con una expresión adecuada*) – Su marido se suicidó. Mira, en la viga que está en tu habitación, precisamente. Pero lo hemos renovado todo desde entonces, ¿eh? Lo hice todo yo mismo, incluso la pintura. Soy un poco manitas en eso. Manteniendo el estilo rústico, por supuesto. Verás, es muy acogedor...

Bernarda parece un poco perpleja. Eva regresa, intrigada por los ruidos de la conversación.

Eva – Hola...

Bernarda (*levantándose para saludarla*) – Debe de ser Eva, ¿verdad?

Eva – Hola Bernarda. ¿Ha conocido a Adán?

Bernarda – Adán y Eva... Es curioso.

Eva – Sí...

Bernarda – En cualquier caso, viven en un paraíso... Pero Adán me estaba contando la historia de la casa... El drama que ocurrió aquí... Todo eso... (*Eva lanza una mirada sospechosa a Adán*) ¿Y las reformas no fueron demasiado difíciles...?

Eva – ¡Por supuesto que no! No hicimos nada. Ni mi esposo ni yo somos buenos en bricolaje. De hecho, por eso elegimos esta casa. Adán debe habérselo dicho. Pertenece a una pareja de ingleses. Pero con la caída de la libra esterlina... (*Bernarda lanza una mirada a Adán, quien adopta una expresión inocente*) ¿Su esposo no está con ella?

Bernarda – Debería llegar en un momento...

Adán – Estos señores hacen el Camino de Santiago. En pareja...

Eva – ¿Mi esposo le ofreció algo para beber?

Bernarda – Sí, gracias. Pero no quisiera molestarlos...

Eva – Sabe, por aquí no vemos a mucha gente. Así que para nosotros es una distracción. Pero tal vez le muestre su habitación.

Bernarda – Sí, voy a dejar mi bolsa y a refrescarme un poco.

Ève – Por favor, sígame. Visitará la casa de paso.

Bernadette – Gracias.

Entran en la casa.

Ève – Hay que subir algunos escalones... La habitación es abuhardillada, pero tiene una buena altura de techo. Con vigas a la vista...

Adán sonríe y se prepara para volver a dormirse cuando ve a un hombre acercarse. Se levanta de su tumbona.

Adán – Bueno, creo que se acabó la siesta.

Mira al hombre que se acerca y eleva la voz para dirigirse a él.

Adán – ¡Cuidado! Manténgase en el camino central, hemos puesto minas antipersonales en los costados para evitar que los niños pisoteen el césped.

Francisco llega, un poco jadeante, con el mismo atuendo de scout y una mochila en la espalda.

Francisco – Puede estar tranquilo al respecto. Dejamos a nuestra hija en París. ? ¿Pero no tiene miedo por los suyos...?

Adán – Yo en realidad no quería hijos y mi esposa no podía tenerlos. O al revés, ya no recuerdo. Así que en lugar de ahorrar dinero para pagarles estudios hasta los treinta años, compramos una villa con piscina.

Francisco – De todas maneras, es realmente magnífico... Todo este verde... (*Se escucha el balido de una cabra*) ¿Bernarda ha llegado...?

Adán – Mi esposa le está mostrando la casa. (*Asintiendo*) ¿Tiene sed?

Francisco (*educadamente*) – No, no mucho...

Adán – Mejor entonces.

Francisco – No quiero molestarle...

Adán – No me molesta. Estaba intentando tomar una siesta. No sé por qué sigo intentando dormir la siesta, en realidad. Nunca en mi vida he logrado dormir durante la tarde. Pero ya sabe cómo son los prejuicios. Uno piensa, ahora que vivo en el campo, debería intentar dormir la siesta. ¿Usted duerme la siesta?

Francisco – En vacaciones, a veces... (*Se seca la frente con una toalla*) Hace calor, ¿verdad? Me he perdido un poco. Y además hay una subida pronunciada para llegar hasta su casa...

Adán – Vamos, le sirvo un vaso de agua fresca de todos modos, si no mi esposa me regañará. No está obligado a beberlo, ¿eh? Solo es para cubrirme...

Francisco – En ese caso... (*Adán le sirve un vaso de agua*) Gracias.

Francisco, sediento, vacía el vaso de un trago.

Adán – Su esposa me contó que están haciendo el Camino de Santiago. No sabía que pasara por los Alpes. Desde París, no es el camino más directo, ¿verdad...?

Francisco – Digamos que es una variante... Teníamos ganas de visitar la región...

Adán – Me tranquilizas. Temía un poco que fuéramos invadidos por peregrinos. Tal vez no todos sean tan divertidos como ustedes.

Francisco – Intenté llamar a Bernarda en su celular antes, pero no había señal...

Adán – Los encantos del campo... Es uno de los últimos lugares en Francia que todavía no tiene cobertura de red. Incluso para tener acceso a Internet, tenemos que subir a la montaña allí. Como Moisés para descargar las Tablas de la Ley. Él también tenía que escalar un poco para acceder a la red.

Francisco – Ah, sí, es... Muy tranquilo.

Adán – Estamos en una especie de agujero negro de las nuevas tecnologías de la comunicación. De hecho, esa es una de las razones por las que elegí esta casa. Sin red, significa sin molestias. En teoría...

Bernarda vuelve y ve a su marido.

Bernarda – ¡Ah, estás aquí! Empezábamos a preguntarnos si no te habías perdido.

Francisco – No, no... Estaba charlando un poco con Adán...

Bernarda – Te dije que teníamos que girar a la izquierda. (*Dirigiéndose a Adán*) Pero no me escuchó, como siempre. ¿Vienes? Te muestro la habitación. Verás, es magnífica...

Francisco (*a Adán*) – Bueno, hasta luego entonces...

Adán – Tómese su tiempo, ¿eh? No tenemos prisa...

Ambas entran a la casa. Eva regresa por otro lado y parece preocupada.

Eva – ¿Llegó su marido?

Adán – Están en la habitación... ¿No los cruzaste?

Eva – Estaba en la cocina...

Adán – Tranquila, no es para tanto. Incluso les ofrecí algo de beber, así que ya ves.

Eva – Bernarda tiene una pistola.

Adán – ¿Perdona?

Eva – Bernarda... Tiene una pistola... Regresé a la habitación para darle toallas. Golpeé, pero no me oyó. Estaba en el baño. Su mochila estaba en una silla. La hice caer sin querer, y vi claramente un revólver sobresaliendo...

Adán – ¿Y luego?

Eva – ¿Y luego? Puse la mochila de nuevo en la silla y me fui.

Adán – Esto se está poniendo interesante... Pero ¿estás segura de que era un revólver?

Eva – No iba a buscar en su mochila, claro. Pero ya he visto un revólver antes.

Adán – ¿Ah, sí? ¿Dónde?

Eva – No lo sé... En la televisión...

Adán – ¿Tal vez no era real...?

Eva – ¿Cómo?

Adán – Tal vez era un juguete...

Eva – Pero, ¿qué hacen los peregrinos con una pistola de juguete en su mochila?

Adán – No lo sé... El Camino de Santiago es largo. Tal vez, mientras caminan, juegan a los vaqueros y los indios. Para pasar el tiempo. Quizás deberíamos revisar también la mochila de él, a ver si no tiene un arco y flechas...

Eva – Hablo en serio, Adán.

Adán – Tal vez sea un recuerdo que compraron para su hija.

Eva – ¿Crees eso?

Adán – No lo sé... Las niñas no suelen jugar con ese tipo de pistolas, a menos que tengan padres muy perturbados... Y además, un revólver, incluso de juguete... Es bastante raro encontrar ese tipo de productos en las tiendas de recuerdos de los monasterios...

Eva – Escucha, Adán, van a pasar la noche en nuestra casa... Tal vez deberíamos avisar a la policía...

Adán – A menos que la policía sean ellos...

Eva lo mira intrigada.

Adán – ¿Viste sus trajes? No hay nada que se parezca más a un scout que un policía vestido de civil. Están vigilando aquí. A terroristas, tal vez. Y lo del peregrinaje en una casa de huéspedes, solo es una tapadera. No muy creíble, por cierto, si quieres mi opinión...

Eva – ¿Una tapadera...?

Adán – ¿Tienes sus coordenadas en París?

Eva – Tengo un número de móvil y una dirección. Pero podría ser falsa... ¿Qué terroristas? (*Angustiada*) ¿Al Qaeda...?

Adán – Pensaba más en los vascos.

Eva – ¿Por qué los vascos?

Adán – Bueno, el Camino de Santiago pasa por el País Vasco, ¿no?

Eva – ¡Estamos en medio de los Alpes!

Adán – O tal vez ellos sean los terroristas...

Eva (*aterrorizada*) – ¿Árabes o vascos?

Adán – ¿Cómo distinguir a un vasco de un árabe con una boina en la cabeza...?

Bernarda vuelve.

Bernarda – Gracias por las toallas. ¿Los interrumpo?

Eva – Para nada.

Adán – Estábamos hablando de ustedes, de hecho. Por eso nos detuvimos cuando llegaron...

Eva – ¿Necesitarán unas mantas?

Bernarda – Estará bien, gracias. No tenemos frío. Y además, estamos en julio...

Adán – Ah, las noches pueden ser frescas por aquí, ya saben. Estamos en la montaña. Hemos visto que las noches se congelan en pleno mes de julio. Y hace diez años incluso tuvimos nieve el 15 de agosto.

Eva – Bueno, aún no estábamos aquí, pero es lo que nos contaron los campesinos de la zona.

Adán – Aunque, ya sabes cómo son los campesinos, incluso sobrios, cuentan muchas tonterías. Así que cuando están borrachos...

Eva lo mira con fastidio.

Bernarda – ¡Qué tranquilidad...! No se oye un ruido... Cuando uno viene de París, casi duele a los oídos este silencio. Pero nos acostumbraremos...

Adán – Sí... Nosotros, en cambio, es al revés. Apenas nos habíamos acostumbrado al silencio...

Eva – El primer vecino que habla de otra manera que no sea en onomatopeyas está a cinco kilómetros de aquí. Y aún así, solo está durante las vacaciones escolares.

Adán – ¿Conoces el origen de la expresión "idiota de los Alpes"?

Bernarda – No.

Adán – Es porque el aire aquí es muy pobre en yodo. Una sustancia absolutamente necesaria para el buen funcionamiento del cerebro. Siempre se habla del buen aire de la montaña... En realidad, es mejor no quedarse demasiado tiempo los Alpes. Nosotros mismos solo llevamos tres meses aquí y ya sentimos que nos estamos volviendo un poco tontos. ¿Verdad, cariño?

Eva lo mira furiosa.

Bernarda – Es cierto que están bien aislados aquí...

Adán – A veces da un poco de miedo, especialmente por la noche. Cuando uno sabe lo que ha pasado en esta casa... Menos mal que ustedes están aquí para hacernos compañía, si no solo tendríamos al ganado...

Bernarda mira hacia donde están los espectadores que representan la vista desde la terraza.

Bernarda – Ah, sí, las ovejas... También es diferente a París...

Adán – Aunque... Cuanto más observo a las ovejas, más cosas en común les encuentro con los parisinos. Viven en manadas. Les cortan la lana de la espalda, y con la poca avena que les dan a cambio, ni siquiera tienen los medios para comprarse un abrigo sintético en rebajas...

Bernarda – ¿Les dan avena a las ovejas?

Adán – Era solo una metáfora...

Eva – Además, no son ovejas, son cabras.

Bernarda sonríe cortésmente.

Bernarda – Y toda esta vegetación... ¿Qué es, esas plantaciones allí?

Adán – Ah, eso? Es nuestro cultivo personal de cannabis. El aislamiento tiene sus ventajas. Y créanme, es de calidad. Si les interesa...

Eva lo mira con desdén.

Eva – Ustedes cenarán con nosotros, ¿verdad? Eso es lo que me dijeron cuando hicieron la reserva. Pero tampoco hay obligación, por supuesto. Si prefieren descansar...

Bernarda – No, no, será un placer. También es por eso que viajamos en casas de huéspedes... Para interactuar con los lugareños...

Eva – Desafortunadamente, con nosotros, han tenido mala suerte. En realidad no somos lugareños.

Adán – Somos un poco como los osos de los Pirineos. Nos reintrodujeron en la zona para evitar la extinción de la especie... De vez en cuando nos comemos una oveja. Y ni siquiera somos capaces de reproducirnos. Espero que no terminemos también bajo las balas de un cazador...

Eva – Tenía planeado jamón de Bayona de entrada. Pero si no comen cerdo...

Bernarda – Me encanta el jamón de Bayona.

Eva – Bueno... Entonces al menos no son musulmanes...

Adán – Por otra parte, no debe haber muchos musulmanes que hagan el Camino de Santiago, ¿verdad?

Eva – ¿Vascos, tal vez?

Bernarda – Tampoco... ¿Por qué...?

Eva – No, no, solo preguntaba... Como les gusta el jamón de Bayona...

Incómodo silencio.

Bernarda (a Adán) – ¿Usted fue el que pintó los cuadros que vi en el interior?

Adán – Sí.

Bernarda – Realmente tiene talento.

Eva – Sí... Es un genio que merecería ser reconocido...

Adán – No es fácil creer en uno mismo sin tomarse demasiado en serio. La mayoría de las veces, la gente simplemente no te toma en serio.

Bernarda – ¿Y usted?

Eva – ¿Yo?

Bernarda – Imagino que administrar estas habitaciones de huéspedes debe requerir mucha energía. ¿Tiene tiempo para hacer algo más?

Eva – Aún no lo sé. Ustedes son nuestros primeros clientes...

Bernarda – ¿De verdad? Entonces tendremos que estar a la altura.

Adán – Sí, eso es lo que le dije a mi esposa esta mañana, justamente.

Eva – Lo que estábamos diciendo es que necesitamos estar a la altura...

Bernarda – ¿Y qué hacían antes de venir a instalarse aquí?

Eva – Yo era profesora de español. Pero la enseñanza, ahora... se ha vuelto demasiado difícil. Tenía la sensación de que con mis alumnos ya no hablábamos el mismo idioma... Así que hace dos años compramos esta casa para intentar cambiar de vida. Veremos qué pasa... ¿Y ustedes? ¿A qué se dedican?

Francisco vuelve.

Francisco – Hola...

Eva – Hola.

Bernarda – Creo que aún no ha conocido a mi esposo... Francisco... Eva... y Adán.

Francisco – Adán y Eva...

Eva – Sí... ¿Quieren tomar algo?

Francisco – Adán ya me ofreció un vaso de agua.

Eva – Bueno, entonces podremos pasar al aperitivo, ¿qué les parece?

Francisco – ¿Por qué no?

Eva – Mi esposo les llevará una manta a la cama. Ya verán si la necesitan o no. ¿Verdad, cariño?

Adán – ¿Realmente crees que es necesario?

Eva (firmemente) – Nos dijiste que podría helar esta noche, ¿no?

Adán finalmente se levanta de su tumbona a regañadientes.

Adán – Bueno, entonces me voy...

Eva – Voy a buscar las botellas.

Bernarda – ¿Quieren que mi esposo los ayude?

Eva – No, no, gracias, estaremos bien.

Adán y Eva están saliendo juntos.

Eva (en voz baja a Adán) – Aprovecha que están ambos aquí para buscar en sus bolsos... Ella tiene una pistola, te lo digo... *(En voz alta)* ¿Tomarías una manta del armario de la entrada, cariño?

Francisco y Bernarda se quedan a solas. Intercambian una mirada preocupada.

Bernarda – Son un poco especiales, ¿no?

Francisco (distráido) – Ah, ¿sí?

Bernarda – ¿Viste sus pinturas en el interior?

Francisco (apreciativo) – Ah, sí.

Bernarda – ¡Qué horror...!

Francisco – Son un poco atrevidas... Pero bueno...

Bernarda – ¿Un poco? Es un verdadero obsesionado, sí...

Francisco (*soñador*) – ¿Crees que ella posa para él?

Bernarda (*seca*) – ¿Por qué...?

Francisco – Es cierto que es una mujer hermosa...

Bernarda – Sí, bueno...

Francisco – Pues sí.

Bernarda – No, pero en serio... ¿Te imaginas pintándome desnuda y colgando el cuadro encima de la chimenea en nuestro comedor...

Francisco (*mirándola*) – No...

Silencio.

Bernarda – ¿Y la habitación? ¿Crees que vale las tres estrellas?

Francisco – No es muy grande y tiene un techo bajo, pero tiene carácter. Con esas vigas a la vista...

Bernarda – El tipo que se colgó en ese armario de escobas debía ser contorsionista...

Francisco – Ya veremos qué nos sirven para cenar.

Bernarda mira a las cabras (es decir, a los espectadores).

Bernarda – Son extrañas, estas cabras, ¿no?

Francisco – Ah, ¿sí...?

Bernarda – ¿No lo ves?

Francisco también mira.

Bernarda – Nos están mirando y parece que se están riendo...

Francisco – Ah, sí, tal vez...

Bernarda – En fin, hay que reconocer que el paisaje es magnífico. Mira, tengo ganas de sacar una foto. Para nuestro informe... (*Francisco no se mueve.*) ¡Pues ve a buscar la cámara!

Francisco – Sí, sí, voy...

Sale. Eva vuelve con un carrito cargado de botellas.

Eva – Aquí... ¿Qué les sirvo? ¿Pero no me diga que otra vez ha perdido a su esposo?

Bernarda – Fue a buscar la cámara en la habitación.

Eva – ¡Mierda...!

Bernarda (*sorprendida*) – ¿Perdón?

Eva – No, no, derramé los cacahuets, pero no importa... ¿Qué les gustaría?

Bernarda – ¿Hay alguna especialidad local?

Eva – ¿Vino de diente de león?

Bernarda – ¡Ah, sí?

Eva – No sé si es realmente una especialidad local. De todos modos, eso es lo que nos contó el granjero de al lado. Le compramos a él. Les advierto, es un poco especial. Además, el granjero también es un poco especial...

Bernarda – Oh, no me van a envenenar...

Eva – Ah... El veneno, es un arma de mujer... Más que el revólver, quiero decir...

Bernarda parece un poco desconcertada, pero se recupera rápidamente.

Bernarda – No importa, asumo el riesgo.

Adán regresa.

Adán – ¿Lograste venderles tu vino de diente de león?

Eva – ¿Qué vas a tomar?

Adán – No eso, en todo caso, la única vez que lo bebí, casi muero...

Eva – Mi esposo está bromeando...

Adán – Prefiero tomar un absenta.

Eva – ¿Absenta? ¿No estaba prohibida en Francia?

Adán se sirve.

Adán – Me abastezco en Suiza, la frontera está justo al lado. Es cierto que desde que la bebo, comienzo a perder cabello, y a veces tengo alucinaciones... Hasta tengo ganas de asesinar a alguien. Pero si quiero pintar como Van Gogh... La absenta lo volvió loco, y al final se suicidó, de acuerdo. ¡Pero qué talento!

Francisco regresa.

Eva – ¿Y usted, Francisco? ¿Qué le sirvo?

Francisco – Tomaré un oporto, si tiene...

Eva – Ah, olvidé el oporto.

Bernarda – No se preocupe, mi esposo tomará otra cosa, ¿verdad Francisco? Vas a tomar absenta con Adán...

Francisco – Claro... Un absenta estará bien.

Eva – No, no, yo me encargo. Adán, ¿puedes ocuparte de los hielos? Disculpen un momento...

Eva y Adán salen. Bernarda nota que Francisco parece un poco perturbado.

Bernarda – Parece que has visto un fantasma. No me digas que es el del tipo que se ahorcó en nuestra habitación...

Francisco – Cuando llegué a buscar la cámara, él estaba husmeando en tu bolso...

Bernarda – ¡No...?

Francisco – Tendremos que revisar antes de irnos si no nos han robado nada...

Bernarda – Te digo que se ven raros... ¿Y si inventamos una excusa para irnos?

Francisco – ¿Una excusa?

Bernarda – No lo sé. Siempre se puede encontrar algo. Una situación de fuerza mayor. La muerte de un ser querido... Una fuga de gas...

Francisco – Tenemos una caldera de fuel.

Bernarda – Por eso hablé de excusa...

Francisco – ¿Crees...?

Bernarda – Tengo un mal presentimiento... (*Con una expresión inquietante*) Y sabes cómo suelen terminar las cosas cuando tengo un mal presentimiento...

Eva regresa con la botella de oporto y sirve a Francisco.

Eva (a Francisco) – Y este es un oporto que viene directamente de Portugal. La chica de la limpieza nos lo trajo de allí cuando regresó de vacaciones.

Bernarda – ¿Porque usted cree que el vino de Oporto que compramos en Francia no viene necesariamente de Portugal?

Eva parece un poco desconcertada.

Francisco – Mi esposa está bromeando...

Eva (a Bernarda) – La acompañaré a por el vino de diente de león, si eso la tranquiliza. Le prometo que beberé primero. Si no muero inmediatamente en convulsiones atroces, entonces usted podrá beberlo también.

Adán regresa.

Adán – Aquí están los cubitos de hielo. (*A Bernarda*) Bien frío, pasa mejor, ya verá. Casi no se siente el sabor del diente de león... (*Todos levantan sus copas.*) ¡Vamos, salud! (*Bernarda bebe cautelosamente un sorbo.*) No quiero ser indiscreto, pero me intrigan... Aún no entiendo el concepto del peregrinaje laico...

Bernarda – ¿Ustedes creen en los milagros?

Adán – ¿Quiere decir... cuando hay un terremoto que causa doscientas mil muertes, y luego de semanas de búsqueda, voluntarios rescatistas encuentran por casualidad uno o dos sobrevivientes bajo los escombros arriesgando sus vidas, y se le atribuye todo el mérito a Dios agradeciéndole por sus bendiciones?

Bernarda – Bueno, nosotros también somos milagrosos... Hasta diría que somos polimilagrosos.

Francisco – Mi esposa quiere decir que ya hemos escapado varias veces de la muerte.

Eva – Vaya... ¿en serio?

Francisco – Por ejemplo, el Concorde que se estrelló en un hotel en el aeropuerto de Roissy en 2000, ¿recuerdan?

Eva – Ah, sí, claro.

Bernarda – Mi esposo tenía previsto tomar ese vuelo. Ya estaba en la sala de embarque. Pero se fracturó el cóccix al caer después de resbalar en una pastilla de jabón al salir del baño del aeropuerto. Así que no pudo embarcarse...

Francisco – Se dan cuenta... Mis maletas ya estaban registradas. De hecho, nunca las volví a ver...

Adán – Es curioso... Nunca había oído hablar de esta historia... (*Con una mirada cómplice a Eva*) Y decir que nunca se supo realmente cómo ese avión pudo explotar en el despegue...

Eva (a Bernarda) – ¿Y usted no estaba con su esposo...?

Bernarda – Solo había ido a acompañarlo... Pasamos la noche en un hotel del aeropuerto. Cuando regresé a pagar la cuenta, el hotel ya no era más que un montón de cenizas.

Francisco – El Concorde que yo iba a tomar se estrelló sobre él.

Bernarda – A cinco minutos de diferencia, yo también habría estado ahí... Así que yo tampoco volví a ver mis maletas...

Francisco – Fue en ese momento que decidimos hacer el peregrinaje a Santiago de Compostela.

Adán – ¿Para que Dios les devolviera sus maletas?

Bernarda – Para agradecer... digamos a la Providencia.

Incómodo silencio.

Francisco (en tono serio) – ¿Usted cree en el más allá, Eva?

Eva se siente un poco sorprendida.

Eva (bromeando para aliviar la tensión) – ¿Te refieres... a la Cuarta Dimensión, ese tipo de cosas...?

Adán – Yo tiendo a pensar que el paraíso y el infierno están aquí en la Tierra, y que podemos pasar de uno a otro en el mismo día... De hecho, eso es lo que le dije a mi esposa esta mañana, ¿verdad, cariño?

Silencio.

Bernarda – En cualquier caso, la vista es magnífica... Todo este verde... (A Francisco) ¿No trajiste la cámara de fotos, Francisco?

Francisco – ¡Vaya, con todo esto, se me olvidó...

Adán – La ventaja de no tener memoria es que nunca te aburres. Mi madre tenía Alzheimer. Cada vez que me apartaba de su vista por un segundo, tenía la impresión de que acababa de llegar. Siempre estaba contenta de verme...

Francisco – Voy a buscar la cámara.

Bernarda – Te acompaño, voy a coger una chaqueta. Es cierto que refresca un poco, ¿no...?

Francisco y Bernarda salen.

Eva – Entonces...?

Adán – Pues... No tuve mucho tiempo para buscar, el marido me pilló con las manos en la masa...

Eva – ¡Pero estaba en la parte de arriba! Una pistola con una empuñadura negra y un cañón plateado.

Adán – Lo único negro y plateado que vi en esa bolsa fue un secador de pelo... (Le lanza una mirada sospechosa) Dime, ¿no podrías confundir un secador de pelo con una pistola...?

Eva no parece muy segura de sí misma.

Adán – Oye, las pistolas que has visto en la televisión, ¿no eran en Star Trek o en La Guerra de las Galaxias...? Tipo pistola láser desintegradora... que eventualmente podría servir como secador de viaje para el pelo...?

Bernarda vuelve con una chaqueta, acompañada de Francisco, que tiene una cámara en la mano.

Francisco – Listo, así al menos podremos tener un recuerdo eterno de esta maravillosa vista. Por si acaso las cosas se ponen feas de repente...

Eva (preocupada) – ¿Tienen razones para pensar que las cosas podrían empeorar de repente...?

Bernarda – En ningún lugar estamos a salvo de una caída de meteorito...

Francisco – O de un bloque de hielo que se desprende del inodoro de un Airbus...

Adán y Eva intercambian una mirada preocupada. Francisco toma una foto de la sala, mientras Bernarda adopta una expresión adecuada.

Bernarda – De hecho, lo siento mucho, pero no podremos quedarnos.

Eva – ¡Ah, sí...?

Adán – Qué lástima...

Bernarda – Acabo de recibir una llamada en mi móvil. Mi madre acaba de fallecer...

Francisco, aparentemente sorprendido, la mira desconcertado.

Adán – Oye, eso es curioso... No, quiero decir... No por su madre... Pero normalmente, no hay señal aquí. Eso es lo que le explicaba a su marido hace un rato. Debe de ser otro milagro.

Eva lo mira indignada.

Eva – Lamentamos mucho su pérdida. Nuestras condolencias...

Bernarda – Claro, le pagaremos la noche...

Eva – ¡Pero de ninguna manera, por favor!

Adán – A menos que insista, claro...

Eva – Por favor, siéntense un momento.

Francisco – ¿Y de qué murió?

Bernarda lanza a su marido una mirada molesta.

Bernarda (*a todos*) – Oh, ya saben, ya estaba muy enferma... Pero bueno, aunque uno se lo espere, todavía duele...

Francisco – Y pensar que a su edad, todavía montaba en bicicleta.

Eva – Yo tuve que sacrificar a mi hámster hace seis meses. Estaba lleno de tumores y ni siquiera podía pedalear en su jaula. Ya me afectó mucho. Así que imagino lo que debe ser perder a una madre...

Bernarda, aparentemente metida en el papel, comienza a llorar. Eva le ofrece un pañuelo de papel.

Eva – Tenga...

Bernarda – Gracias... Me conmueve mucho...

Adán (*a Eva*) – Pero antes del hámster, estaba tu padre... Murió unas semanas antes...

Eva – Lo sé... Les parecerá monstruoso, pero no me afectó de la misma manera que con mi hámster...

Bernarda – Lo entiendo... Cuando una nunca ha tenido hijos...

Bernarda se seca las lágrimas y se suena ruidosamente la nariz. Parece recuperarse un poco y moja los labios en su copa.

Bernarda – Este vino de diente de león está realmente delicioso. Muy ligero. Y con un sabor inusual... ¿Qué es?

Eva – Probablemente el diente de león...

Bernarda – Ah, sí... Se... Se siente bien el sabor... Es muy delicado...

Eva – Se dice que para preparar este elixir milagroso, incluso agregan unos gusanos que encuentran con los dientes de león.

Adán – Eso es lo que se llama beberse los gusanos desde abajo.

Eva – Coman cacahuets... (*Bernarda se sirve*) ¿Y usted, Francisco, todavía tiene a sus padres?

Francisco – Bueno... Soy un hijo adoptado... Mi madre murió en el parto, y mi padre murió en un accidente de coche yendo a registrarme en el ayuntamiento...

Adán – Quizás debería considerar tener una mascota. No reemplaza, pero bueno...

De repente, Bernarda se levanta de su asiento y comienza a sofocarse de una manera impresionante.

Francisco – ¿Qué te pasa, cariño?

Eva – Debe ser la emoción...

Francisco – O el vino este...

Adán – Creo más bien que son los cacahuets... Debe haberse atragantado con uno...

Adán se levanta, se pone detrás de Bernarda, le rodea el pecho con los brazos y le aprieta fuerte por detrás en un gesto un poco ambiguo. Francisco lo observa con asombro, pero Bernarda no tarda en escupir el cacahuete y recuperar poco a poco la respiración con dificultad.

Adán – Es la maniobra de Heimlich. Vi eso en una serie de televisión, en los tiempos en que todavía la teníamos...

Bernarda – No sé cómo agradecerlo... Pensé que iba a asfixiarme...

Adán – Ah, pero eso puede ser mortal, ¿eh? Se llama atragantamiento. En lugar de pasar directamente al esófago, el cacahuete decide hacer una peregrinación a la tráquea... Sucede a menudo en casos de fuerte emoción...

Bernarda – ¡Así que me salvó la vida...!

Adán la mira, un poco incómodo.

Adán – Espero no tener que arrepentirme de ello.

Bernarda se acerca a Adán y lo abraza cálidamente con una devoción un tanto ambigua.

Bernarda – Gracias... (*Se aparta y se dirige a Francisco.*) ¡Y tú, no hacías nada! ¡Me habrías dejado asfixiarme! Menos mal que Adán estaba aquí...

Francisco no responde.

Adán – Pero cuántas desgracias le ocurren. Una muerte en la familia. Ahora un atragantamiento. Esto ya no es una peregrinación, es un vía crucis. ¿Está segura de que llegará hasta Santiago de Compostela...?

Eva – De todas formas, se quedaran a cenar con nosotros, ¿verdad? Adán les acompañará a la estación después. El próximo tren a París es en tres horas...

Bernarda – Por qué no... Gracias por su hospitalidad, de verdad...

Eva – Les dejaremos descansar un momento...

Adán – El aire fresco de los Alpes...

Eva – En cualquier caso, tenemos que terminar de preparar la comida. No hay mucho que hacer, pero bueno. Podrá recuperar un poco.

Adán – Y empezar a hacer su duelo...

Francisco – Al menos les ayudaré a poner la mesa...

Eva – No, de verdad, no hace falta... ¿Vienes, Adán?

Eva y Adán salen.

Bernarda – Son realmente adorables...

Francisco – Hace un rato los encontrabas extraños...

Bernarda – Lo que me dijo ella sobre la muerte de mi madre... Me conmovió mucho...

Francisco – Pero... ¿tu madre no ha muerto, verdad?

Bernarda – Tal vez, pero se supone que ellos no lo sabe... ¡Y además, él me ha salvado la vida! ¡Lo conozco apenas desde hace una hora y ya me ha salvado la vida! ¿Tú alguna vez me has salvado la vida? ¡Después de todo el tiempo que llevamos casados!

Francisco – Entonces, ¿ya no nos vamos?

Bernarda – Estamos bien aquí, ¿no?

Francisco – Pero, tú eras la que decía que...

Bernarda – Sí, bueno, solo los tontos nunca cambian de opinión... Y hay que reconocerte al menos una cosa, tienes cierta constancia en tus opiniones...

Balidos de cabras.

Francisco – Es cierto que balan de una manera extraña, estas cabras... Tienes razón, parece que se ríen de nosotros...

Adán vuelve.

Adán – Perdón, solo estoy de paso... Voy a la granja de al lado a buscar la leche para el desayuno. Directamente del ubre de la vaca...

Francisco – Ah, sí... Yo también lo hacía cuando era niño.

Bernarda – Tus padres vivían en París.

Francisco – Durante las vacaciones con mi tía, en Normandía.

Adán – Es parte del folclore local para los huéspedes de paso...

Francisco – La leche de las vacas es algo diferente a la leche del supermercado.

Bernarda – Sí, bueno, es como el oporto, ¿verdad? Supongo que la leche del supermercado también proviene de vacas, ¿no? Solo está pasteurizada, eso es todo...

Adán – Claro, esa hay que hervirla bien. Porque si uno solo ha bebido leche pasteurizada en su vida, puede atrapar fácilmente la fiebre tifoidea...

Francisco – La leche del supermercado... Retiran la mantequilla y la crema, te la venden por separado, y te cobran dos veces más caro lo que queda.

Bernarda – A mí la leche entera no me sienta bien...

Francisco – Mi esposa bebe leche desnatada garantizada sin lactosa. Siempre me he preguntado qué queda en la leche cuando se retira la crema y la lactosa. Mejor beber directamente agua mineral, ¿no?

Adán – Fíjate que nos venden el agua mineral al precio de la leche... Bueno, no es que me aburra, pero tendré que irme. Si no quiero perderme la ordeña...

Bernarda – ¿Puedo ir con usted? Me cambiaré un poco de aires...

Adán – Claro...

Bernarda – ¿No te importa quedarte solo, cariño?

Francisco – No, no, ve tú... (*Irónicamente*) Si eso puede suavizar un poco tu tristeza.

Adán (*a Bernarda*) – Yo también he encontrado mucho consuelo en las vacas en momentos difíciles...

Adán y Bernarda se van. Francisco suspira. Eva regresa con algo en una cesta.

Eva – ¿Quiere pelar las cebollas conmigo? Le distraerá...

Francisco – Claro... (*Comienzan a pelar las cebollas en silencio*). Puede que suene horrible, pero... Alguna vez he tenido ganas de matarla...

Eva – ¿A su suegra? Oh, a todos nos pasa, ¿sabe? No se culpe por eso, es completamente normal. Y además, no es responsable de su muerte, ¿verdad? ¿O sí...?

Francisco – ¿Mi suegra? Ah, no, yo... Hablaba de mi esposa...

Eva – Ah... Bueno, a veces también me dan ganas de matar a mi esposo... (*De repente preocupada*) Pero solo hablamos de una vaga intención que se rechaza rápidamente, ¿verdad? No de un comienzo de acción... Quiero decir, no hablamos de un arma de fuego escondida en una mochila o cosas así...

Francisco – Hace un rato, cuando se atragantó, es cierto que no me moví. Quién sabe...? Tal vez pensé por un momento...

Eva – ¿Y si esta cacahuete fuera la solución a todos mis problemas...? Pero no... Se lo aseguro. No se preocupe por eso. ¿Sabe usted lo que dicen? El amor y el odio... Son sentimientos a veces muy cercanos el uno del otro. ¡Vamos, Francisco! Todos los psicoanalistas se lo dirán. ¡El odio es el cemento de la pareja!

Francisco la mira preguntándose si está hablando en serio. Luego suspira y mira el paisaje.

Francisco – Creo que tiene razón... Tal vez deberíamos mudarnos al campo también. Para encontrar un poco de serenidad. Un poco de armonía en nuestra pareja... ¿Sabe si hay granjas en venta por aquí? Seríamos vecinos...

Eva lo mira con preocupación.

Eva – Eso... No sabría decirle... Y además, sabe, aquí estamos muy aislados. Hay que ser adinerado. O tener un trabajo que puedas hacer en cualquier parte. Ni siquiera tenemos internet...

Francisco pone su mano sobre la de Eva y la mira con una mirada lánguida.

Francisco – De todas formas, gracias por escucharme, Eva. Me ha conmovido mucho, de verdad. Casi tengo lágrimas en los ojos...

Eva (*sorprendida*) – Deben ser las cebollas...

Eva retira su mano y trata de cambiar de tema.

Eva – Y usted, Francisco, ¿a qué se dedicas en la vida?

Francisco – Bueno, yo... Hago el mismo trabajo que mi esposa.

Eva – Así al menos por la noche tienen algo de qué hablar. Quiero decir... Siempre pueden hablar del trabajo... Pero, ¿a qué se dedica tu esposa...?

Adán y Bernarda regresan.

Eva – ¡Ya están de vuelta!

Adán – No pudimos conseguir leche, la vaca estaba en mal estado.

Bernarda – ¡Es increíble! Presenciamos el nacimiento de un ternero... No puedes imaginar lo que sentí...

Eva – Ah, sí, sí, entiendo... La muerte de una madre... El nacimiento de un ternero... Todo en el mismo día... Son muchas emociones...

Bernarda – Son cosas que ya no estamos acostumbrados a ver en París.

Adán – Aunque... ¿Presenciaste el parto de tu esposa, Francisco?

Francisco no tiene tiempo para responder, ya que Bernarda lo interrumpe.

Bernarda – La naturaleza es realmente algo poderoso... Cuando te golpea así en plena cara... (*Se quiebra*) ¡Oh, Dios mío! Ella estaba de pie, y había dos patas hendidas que sobresalían de... Fue realmente atroz. Los campesinos ataron una cuerda a las pezuñas del ternero, y había tres de ellos tirando de ella...

Adán – Lo confirmo. Tres idiotas de los Alpes.

Bernarda (*llorando*) – Y pensar que yo también di a luz a una ternera...

Los otros tres se miran perplejos, sin saber muy bien si fue un lapsus.

Eva – Bueno, quizás deberíamos sentarnos a la mesa. Si no quieres perder tu tren...

Adán – ¿Qué nos has preparado de bueno, querida?

Eva – Ternero...

Francisco – Te ayudaremos a poner la mesa.

Bernarda – ¿Es todo lo que se te ocurre decir?

Francisco queda perplejo. Eva sale seguida de Francisco. Bernarda y Adán se disponen a seguirlos.

Bernarda (*en voz baja a Adán*) – Ya no lo soporto... A veces pienso : si tan solo hubiera tomado ese Concorde en lugar de romperse el cóccix.

Adán muestra una expresión desconcertada.

Negro.

NOCHE

Adán, Eva, Francisco y Bernarda terminan de cenar. Adán y Eva se han arreglado para la ocasión. Francisco y Bernarda aún están vestidos como exploradores.

Bernarda – ¡Estuvo delicioso! ¿Verdad, Francisco?

Francisco – ¡Oh, sí! Para la habitación, no sé, pero para la mesa de huéspedes, creo que merecen su tercera estrella.

Adán y Eva intercambian una mirada intrigada.

Bernarda – Tendrán que darle la receta a mi esposo, Eva.

Francisco – Cuando se tienen buenos productos...

Eva – Ah, sí, realmente es de productor a consumidor. Tomamos la ternera de la granja de al lado...

Bernarda se siente incómoda.

Adán – Pero esa no es la ternera que vieron nacer hace un rato, ¿verdad? Aunque supongo que esta también llegó al mundo de una manera similar, pero bueno...

Eva – Compro una entera cada dos meses. Me la cortan en trozos y me la entregan congelada en bolsas de plástico.

Bernarda – Ah, sí, es práctico.

Eva – Lamentablemente, no sé si el granjero podrá seguir haciéndolo. Ahora que su esposa ya no está...

Francisco – ¿También se colgó ella?

Eva – Está en prisión...

Adán – Encontraron media docena de bebés en su congelador, precisamente...

Eva – Espero que las bolsas estuvieran bien etiquetadas...

Se siente tensión. Eva prefiere cambiar de tema.

Eva – En cualquier caso, nos alegra que su madre no haya muerto al final. Nos permite pasar la velada juntos...

Adán – ¿Pero qué sucedió exactamente?

Bernarda – Bueno...

Bernarda lanza una mirada a su esposo para que la ayude.

Francisco – Una trágica confusión... Un ladrón le acababa de robar todos sus documentos.

Bernarda – Un polaco, según nos dijeron.

Francisco – Un indocumentado, precisamente.

Bernarda – Completamente borracho.

Francisco – Ya sabes cómo son los polacos.

Bernarda – Ahora que ni siquiera necesitan pasaporte para venir a Francia.

Francisco – En resumen, al salir de casa de mi suegra, ¡zas! El tipo es atropellado por un coche de policía.

Bernarda – Muerto en el acto.

Francisco – Un verdadero matadero.

Bernarda – Ya sabes cómo conducen, como locos.

Francisco – Cuando ponen su sirena.

Bernarda – Aunque la mayoría de las veces, van a la casa de apuestas del barrio para hacer su quiniela...

Francisco – Así que, como el ladrón tenía los documentos de mi suegra en él, los policías creyeron que ella era la que había muerto.

Bernarda – Y nos avisaron.

Francisco – Afortunadamente, mientras tanto, mi hija fue a la morgue a reconocer el cuerpo.

Bernarda – Y ella vio claramente que no era su abuela...

Francisco – Sí, un polaco...

Bernarda – Totalmente borracho.

Francisco – Y muerto, además.

Adán y Eva están un poco aturcidos por este relato enrevesado.

Eva – A veces la realidad supera la ficción.

Adán – Sí, definitivamente... Si nos contaran esto en una serie de televisión, pensaríamos que están exagerando...

Francisco – Y de todas formas, no era el momento de salir esta noche, de ninguna manera. Tenían razón, oigan. ¿Han visto, está nevando?

Bernarda – ¿Estás seguro?

Francisco – Ah sí, es extraño... Los copos son rosados...

Adán (*mirando*) – Ah no, eso son los pétalos del cerezo que está justo encima de la casa.

Eva – La floración está llegando a su fin. Cada vez que hay viento...

Francisco – Ah, es cierto. Hay un viento fuerte...

Bernarda – Eso me recuerda nuestra última estancia en las Landas... ¿Recuerdas, Francisco? Empezó así en el 99, en Biscarrosse. Justo antes de la tormenta que arrasó el techo de nuestro Hotel Ibis y que destruyó 250.000 hectáreas de bosque.

Ruido de trueno. Adán y Eva se intercambian una mirada preocupada.

Eva – Sigán comiendo queso. Lo hago yo misma. Con la leche de las cabras que ven pastar delante de ustedes. Aunque ahora está oscureciendo y ya no se ven muy bien...

Bernarda – Pero las escuchamos.

Balidos de las cabras.

Francisco – Y parecen estar divirtiéndose...

Francisco y Bernarda se miran y se ríen a carcajadas, que rápidamente controlan.

Eva – Voy a traer el postre... (*Antes de salir, en voz baja, a Adán*) ¿Los hiciste fumar o algo así?

Adán – No, te lo aseguro... Y apenas han bebido...

Eva – Debe ser su estado natural...

Adán – O tal vez sea el vino de diente de león, combinado con este aire pobre en yodo...

Eva se va.

Adán – Pero oigan, todavía no sabemos qué hacen en la vida... Esto ya me intriga...

Francisco – Ah... ¿Les decimos, Bernarda?

Bernarda – Adelante... Total, ahora... Las cartas están echadas...

Francisco – Somos clientes misterio...

Adán – Ah, sí, eso... Eso responde perfectamente a mi pregunta...

Eva vuelve con una tarta de fresas de España.

Francisco – ¡Clientes misterio! ¿No saben lo que es?

Adán – No.

Bernarda – Bueno, por ejemplo, una cadena de hoteles nos contrata para quedarnos de incógnito en uno de sus palacios...

Francisco – O en uno de sus hoteles más económicos, depende.

Bernarda – A cargo de la casa, obviamente...

Francisco – Y al final de nuestra estancia, presentamos un informe detallado sobre la calidad del servicio.

Bernarda – Después de lo cual, por supuesto, los empleados incompetentes son despedidos de inmediato sin indemnización...

Francisco – Los grandes chefs que se descuidan pierden su tercera estrella...

Bernarda – Y las casas de huéspedes donde tenemos que arrodillarnos para colgarnos pierden su tercer espiga.

Eva parece consternada.

Eva – ¿Y les pagan por eso?

Francisco – Es un trabajo...

Adán – Y en Santiago de Compostela, ¿también van como peregrinos misterio, verdad?

Eva – ¿O es solo una tapadera...?

Francisco – El año pasado, el Vaticano nos envió a Lourdes.

Bernarda – Se preguntaban si la reputación de Bernarda no estaba un poco sobrevalorada.

Francisco – Es cierto que hace tiempo que no ha hecho un milagro...

Pequeño malestar.

Bernarda – ¿Y si probáramos esta tarta?

Francisco – A ver si también merece su tercer espiga.

Eva (*a la defensiva*) – Es una tarta de fresas del bosque...

Francisco – Pero díganme, son enormes por aquí.

Adán – Y aún no han visto las trufas. La más grande que se ha encontrado en la región requirió una excavadora para desenterrarla.

Eva sirve la tarta.

Eva – Aunque pensándolo bien, ¿no es un trabajo bastante agradable?

Adán – Ser pagado por delatar, cuando hay tanta gente que lo haría gratis... Miren lo que pasó durante la ocupación de Francia por los nazis...

Eva – ¿Así que pasan su tiempo de vacaciones o de compras?

Bernarda – Oh, ya sabe, a la larga... Es agotador. Incluso peligroso, a veces. Les contamos sobre el Concorde...

Eva – Ah, ¿porque también estaban en misión entonces?

Francisco – Ya sabe cómo es en los aviones, a veces el servicio deja mucho que desear...

Bernarda – También en los hoteles... Y ni siquiera menciono las habitaciones en casas de particulares. Hoy en día cualquiera puede convertir su ático sin ventanas en encantadoras habitaciones de huéspedes... No lo digo por usted, por supuesto...

Francisco – Aun así... A veces me pregunto si no nos han echado una maldición...

Eva – Es extraño, pero yo también comienzo a tener esa impresión...

Francisco – Parece que dondequiera que vamos, la hierba ya no vuelve a crecer.

Adán – ¿Hierba?

Francisco – Estábamos en una misión en Tailandia justo antes del tsunami. Y íbamos a ir a Haití justo antes del terremoto...

Adán y Eva se miran consternados.

Francisco – Espero que no les estemos contagiando mala suerte a ustedes también...

Bernarda (*volviendo al pastel*) – Nunca he visto fresas tan grandes... ¿Estás segura de que son fresas? Parecen dos mitades de melones...

Francisco – Por cierto, Eva, no puedo resistirme a hacerte una pregunta. ¿Es usted la modelo de Adán para sus cuadros?

Eva – No me diga que también envían clientes misterio a los talleres de los pintores...

Francisco – Aún no... Es pura curiosidad de mi parte...

Eva – En ese caso... Tengo que conservar mi parte de misterio también...

Francisco – ¿Y su pintura... puede vivir de ella?

Adán – Los desnudos, hoy en día, se venden muy mal. Cuando era niño, iba al Louvre solo para ver mujeres desnudas. Pero ahora, con internet... Ya sabe cómo es.

Bernarda (*a Adán*) – ¿Has intentado pintar cabras en su lugar?

Adán – ¿Perdona?

Bernarda – En lugar de mujeres... ¿Ha intentado pintar cabras? También son bonitas, las cabras.

Francisco – Y muy divertidas. Escúchalas reír...

Bernarda – ¡Y además hacen queso!

Eva – ¿No quieren tomar un poco más?

Francisco – Bueno, no vamos a dejar tan poco...

Francisco se come el queso con una sonrisa tonta.

Eva – ¿Puedo hacerles una pregunta indiscreta también?

Bernarda – Adelante...

Eva – ¿Cómo se conocieron, usted y su esposo?

Francisco – Nunca lo adivinará...

Adán – ¿En los Scouts?

Bernarda – ¿Cómo lo supo?

Adán – Se me ocurrió así.

Bernarda – La vida en la tienda de campaña crea lazos.

Francisco – Obviamente, no eran tiendas de campaña mixtas, pero bueno...

Bernarda – Las nuestras fueron arrastradas por una tormenta durante la noche mientras acampábamos en el bosque de Fontainebleau.

Francisco – Todos nos encontramos afuera a las tres de la mañana en ropa interior.

Bernarda – Y la naturaleza hizo el resto... Y ustedes, ¿dónde se conocieron?

Adán – En un club intercambio de parejas.

Francisco – ¡Ah, sí...?

Adán – En realidad, era un club de vacaciones. Pero viene a ser lo mismo. Vine con un amigo. Y cada uno se fue con la mujer del otro...

Francisco (filosófico) – Al final, el mundo entero es una enorme orgía.

Bernarda lo mira un poco perpleja.

Bernarda – ¿Qué tal si jugamos al Trivial Pursuit para terminar la noche en grande?

Eva – Ah, lo siento, pero no tenemos ningún juego...

Bernarda – Mal punto para tu tercer espiga... Los juegos de mesa son un elemento imprescindible en la casa de huéspedes. Afortunadamente, siempre llevamos el nuestro con nosotros. (*Adán y Eva se muestran consternados*) ¿Puedes ir a buscarlo, cariño? Está en mi mochila... (*Francisco sale.*) Debajo del revólver... (*Adán y Eva se quedan paralizados.*) Quiero decir, debajo del secador de pelo. Ya verán, Francisco y yo somos una pareja formidable.

Eva – Ay, no me sorprende...

Francisco regresa con un Trivial Pursuit diminuto y lo coloca en la mesa.

Bernarda – Es un formato de viaje, obviamente.

Eva – Ah, sí, hay que tener buenos ojos para leer las cartas...

Bernarda comienza a colocar el juego, luego se voltea hacia Francisco.

Bernarda – Olvidaste los dados...

Francisco – Perdón.

Se va de nuevo.

Bernarda – ¿Lo hacemos por equipos para que sea más rápido? ¿Qué ficha toman?

Adán – No sé... La roja...

Adán extiende la mano para tomar la ficha, pero Bernarda le agarra la muñeca para detener su movimiento y lo interpela con un tono firme.

Bernarda – ¡No toques eso, idiota!

Adán y Eva se quedan sorprendidos por ese tono asesino.

Bernarda (*suavizándose*) – La roja es nuestra ficha de la suerte. Mejor tomen la naranja...

Adán – De acuerdo...

Francisco regresa con dos enormes dados, de los cuales se entenderá más tarde que uno tiene principalmente 7 y el otro principalmente 1.

Adán y Eva se sorprenden.

Francisco le entrega a Eva el dado con los números pequeños.

Francisco – Es su turno. Para saber quién comienza...

Eva lanza el dado.

Eva – Uno.

Bernarda – Nuestro turno...

Bernarda lanza otro dado.

Bernarda – ¡Siete!

Adán y Eva muestran sorpresa.

Francisco – Nosotros empezamos... Y comencemos con un primer quesito. Geografía. ¿Nos hacen una pregunta?

Bernarda – Toma esa caja.

Eva saca una carta y lee.

Eva – ¿Cuál de estas tres ciudades no está atravesada por el Loira : Tours, Blois o Lille...?

Francisco y Bernarda consultan antes de dar su respuesta.

Bernarda – ¿Lille...?

Adán – ¡Bien hecho!

Bernarda – Viajando a pie por Francia, también se aprende geografía...

Francisco – Nuestro turno de nuevo.

Bernarda lanza el dado.

Bernarda – Otro siete. Quesito amarillo. Historia.

Eva – ¿Cuál de estas tres ciudades no se encuentra en Alemania: Lisboa, Berlín o Munich?

Francisco y Bernarda se consultan nuevamente antes de dar su respuesta.

Bernarda – ¿Lisboa?

Adán – ¿Están seguros de que era una pregunta de historia...?

Bernarda – Y otro quesito. ¿Quieres lanzar el dado, cariño?

Francisco lanza el dado.

Francisco – ¡Y otro siete!

Bernarda – Quesito naranja. Deportes.

Eva – ¿A qué velocidad se cronometró el saque de Boris Becker en Roland Garros en 1986, aproximadamente a dos kilómetros por hora?

Bernarda (*contrariada*) – ¿Tú fuiste el que guardó las cartas la última vez, Francisco?

Francisco – Sí, tal vez...

Bernarda – Diría... 52 kilómetros por hora...?

Francisco – ¿Tanto así? Eso es casi la velocidad de una motocicleta...

Bernarda – Bueno, digamos 48, entonces.

Eva – Lo siento, fue 269.

Bernarda (*a Francisco*) – Ves, nos hiciste equivocar... En fin, es parte del juego. No se puede ganar siempre. Vamos, les toca a ustedes. Tomen este dado.

Adán lanza el dado.

Adán – Uno.

Bernarda – ¿Cuál es el nombre del medicamento a base de cloroquina más conocido? Cuidado, hay una trampa...

Eva – No tengo idea...

Adán – La Nivaquina.

Eva – Bravo...

Bernarda (*leyendo*) – La sangría.

Eva – ¿La sangría...?

Bernarda (*leyendo de nuevo*) – Es cierto que es sorprendente, pero bueno... Es lo que dice en la tarjeta...

Francisco – ¡Es como en el fútbol! Si empezamos a cuestionar los errores de arbitraje...

Bernarda – ¡Disculpen, es nuestro turno! Vamos... (*Bernarda lanza el dado.*) ¡Otro siete! Bueno... Estamos teniendo suerte...

Francisco – Entonces... Verde, también para nosotros.

Eva – ¿Cuántas jorobas tiene un camello?

Francisco – Ah, siempre confundo con el dromedario... (*Reflexionando*) Diría que dos, al menos.

Adán – Me están impresionando...

Bernarda – ¡Y otro quesito! Vamos, un pequeño siete... (*Lanza el dado.*) ¡Siete! Quesito marrón. Literatura.

Eva saca una carta.

Eva – En Lucky Luke, ¿qué animal es Rantanplan?

Bernarda (*a Francisco*) – Aquí hay que pensar bien. Sabes que la literatura no es nuestro punto fuerte... A ver... Su caballo es Jolly Jumper, de eso estoy segura... (*Se arriesga*) ¿Un perro?

Adán – Nos advirtieron que eran una pareja formidable, pero esto...

Bernarda (*a Francisco*) – Vamos, te toca lanzar el dado.

Francisco lanza el dado.

Francisco – Dos...

Bernarda – ¡Lo lanzaste demasiado fuerte! Bueno, en fin, son los altibajos del juego...

Eva – ¿Cuánto tiempo puede vivir una planta de zanahoria?

Bernarda (*furiosa con Francisco*) – Esta vez, yo guardaré el juego al final de la partida...

Francisco – ¿Quieres decir, si muere de muerte natural?

Bernarda – No lo sé...

Francisco – Menos que un conejo, ¿no?

Bernarda – El conejo se come la zanahoria...

Francisco – Diría... ¿cinco años?

Eva – Dos.

Bernarda – Sí, bueno...

Eva – Es un promedio.

Bernarda – Bueno, entonces, a ustedes...

Eva lanza el dado.

Eva – Otro uno...

Adán – Siento que no nos acostaremos tarde.

Eva – Pregunta naranja.

Bernarda – Ah, aquí tienes una oportunidad de recuperar terreno. Una pregunta fácil. ¿Cuál fue el primer club ganador de la Copa de Europa de Campeones?

Adán se queda sin palabras.

Bernarda – Claro, hay que ser aficionado al fútbol...

Adán – Ni idea.

Eva – ¿Real Madrid?

Bernarda – ¿Cómo lo sabes...?

Eva – Lo dije así nomás.

Bernarda (*molesta*) – Bueno... Entonces, otra vez para ustedes...

Eva lanza el dado.

Eva – Dos.

Adán – Ah, estamos progresando...

Bernarda – ¿Qué región francesa es conocida por sus quiches de Lorena...? (*Se pone pálida.*) Ah, no, esa ya la tuvimos hace poco...

Francisco – Debería estar en el otro mazo...

Bernarda – Les haré otra.

Francisco – Nunca sabremos si sabías la respuesta correcta. Es el juego...

Bernarda busca entre las cartas para encontrar una que le convenga.

Bernarda – Ah, aquí está... Pregunta naranja. Deportes. Perdona, creí entender que el fútbol no era tu especialidad... ¿Cuántos goles marcó el futbolista francés Just Fontaine durante la Copa del Mundo de 1958?

Adán (*a Eva*) – Vamos, tú...

Eva – ¿9...?

Bernarda – ¡13! Ah, no se puede tener suerte todo el tiempo... ¡A nosotros! (*A Francisco*) Esta vez, yo lanzo el dado...

Ella lanza el dado.

Bernarda – ¡Siete! (*A Francisco*) Ves, cuando no lo lanzas demasiado fuerte... Entonces, pregunta rosa. Por el último queso...

Eva – ¿En qué museo se conserva el cráneo de Napoleón cuando era niño?

Bernarda (*consultando con Francisco*) – Nació en Ajaccio...

Adán – ¡Cuidado, solo tienes una oportunidad para responder!

Bernarda – Aún así, diría... En el Museo de los Inválidos, en París.

Eva voltea la tarjeta y, incrédula, lee la respuesta.

Eva – ¡Y es cierto!

Francisco y Bernarda se alegran y se felicitan mutuamente.

Francisco se dispone a guardar el juego. Bernarda toma un cuchillo que está en la mesa y lo sostiene frente al cuello de Francisco.

Bernarda (con tono asesino) – Esta vez, yo guardaré las cartas, ¿de acuerdo?

Francisco se encoge de hombros. Bernarda guarda el juego, mientras Adán y Eva la miran consternados.

Bernarda (de nuevo con tono dulce) – ¿Un Monopoly, ahora?

Adán y Eva muestran poco entusiasmo.

Francisco – ¿Un Cluedo?

Bernarda – ¿Un Scrabble?

Francisco – ¿Un strip poker, quizás?

Eva – Tal vez deberíamos dejarlo y que vayan a dormir, ¿no? Mañana tienen una caminata por hacer...

Bernarda – Bueno... ¿Quieren que mi esposo haga los platos?

Eva – No, no... De ninguna manera...

Francisco – Entonces hasta mañana, para el desayuno...

Eva – ¿Té o café?

Francisco – Oh, no se preocupen.

Bernarda – Haz los dos, nos los arreglaremos...

Adán – Buenas noches.

Francisco y Bernarda hacen un pequeño gesto de despedida y desaparecen.

Adán y Eva quedan solos, devastados.

Adán – ¿Lavas los platos o los seco...?

Eva – ¿Qué tal si dejamos todo esto para mañana y tomamos una pequeña infusión? Creo que la necesito...

Adán – ¿Noche tranquila?

Negro.

DURANTE LA NOCHE

En una luz onírica, con una música estilo "Érase una vez en el Oeste", Francisco y Bernarda aparecen en lados opuestos del escenario, vestidos aún como scouts. Se dan la espalda, sosteniendo lo que parece ser un arma en cada mano. A cámara lenta, se voltean y apuntan uno al otro con lo que ahora se revela como secadores de pelo. El sonido del secador es ensordecedor. Aún en cámara lenta, parecen ser arrastrados por un vendaval...

Negro.

MAÑANA POR LA MAÑANA

La luz se enciende gradualmente en un escenario vacío. Adán llega primero en pijama, con una taza en la mano, y toma sorbos de su café mientras observa el paisaje. Luego se sienta y mira el periódico. Eva llega a continuación, en camisón, claramente no muy despierta, con un vaso de leche en la mano.

Eva – ¿Todavía no se han levantado, verdad...?

Adán – Están de vacaciones, ellos. Están durmiendo hasta tarde. (*Mirando el periódico*) ¿Sabías que los Alpes están en una línea de falla sísmica?

Eva – No.

Adán – Incluso hubo un terremoto esta noche.

Eva – Ah, vaya...

Adán – Está en el periódico. Un grado en la escala de Richter. Vale, no sentimos nada, pero tal vez sea solo un presagio... ¿Recuerdas lo que dijeron?

Eva – ¿Quiénes?

Adán – Tus anfitriones. Attila y su esposa : donde pasan, la hierba no vuelve a crecer. Cada vez que se van de un lugar, ocurre una catástrofe.

Eva – Todavía no se han ido...

Adán – No lo sé. Tengo un mal presentimiento.

Pero Eva no lo está escuchando realmente.

Eva – Espero que no aparezcan a mediodía. (*Bebiendo su vaso de leche y haciendo una mueca.*) Te voy a confesar algo: la leche de la vecina, realmente me cuesta...

Adán – Ahora que está en prisión...

Eva – Tienes razón, parece leche maternizada...

Blanco.

Eva – Sin embargo, voy a ir a ver discretamente qué están haciendo... Tal vez se hayan matado mutuamente con un hacha después de una partida de Master Mind. Parecían bastante excitados anoche...

Adán – ¿Quieres que vaya yo?

Eva – Está bien, si veo un charco rojo debajo de la puerta, te llamo...

Adán retoma su periódico y vuelve a sumergirse en su lectura. Parece intrigado por otro artículo.

Eva regresa.

Adán – Escucha esto (*leyendo*) – "Las autoridades sanitarias aún no pueden explicar la locura que ha estado afectando a los habitantes de un tranquilo valle alpino cerca de la frontera suiza. Alucinaciones colectivas, exhibicionismo, orgías... Una pista inicial, tal vez: todas las personas afectadas habrían consumido un queso de cabra artesanal fabricado en la región..."

Adán se voltea hacia Eva.

Adán – Vaya, tienes una expresión preocupada...

Eva – Se han ido.

Adán – ¿En serio...?

Eva – Su cama no está deshecha. Ni siquiera sé si durmieron aquí.

Adán – O tal vez hicieron la cama antes de irse.

Eva – Sería delicado por su parte...

Adán – Un buen hábito heredado de los scouts, seguramente. ¿No dejaron ninguna nota?

Eva – De todas maneras, no dejaron un cheque...

Adán – Al menos no robaron nada, ¿verdad? (*Ella le lanza una mirada poco tranquilizadora, y él entiende el mensaje.*) ¿No?

Eva – El desnudo que habías hecho de mí... Solo queda el marco... Aparentemente, el lienzo fue cortado con un cortador...

Digieren esta información.

Adán – No quiero parecer demasiado pesimista, pero creo que las cosas no pintan bien para tu tercera espiga...

Silencio.

Eva – Clientes misteriosos...

Adán – Empiezo a preguntarme si no se están riendo de nosotros...

Eva – A menos que hayamos soñado.

Adán – Un sueño, quieres decir...

Eva – No sé si fue una buena idea después de todo, esta casa de huéspedes...

Adán – Yo, en todo caso, no he pintado un solo lienzo desde que llegué aquí... La vegetación y las cabras no me inspiran...

Eva – Y yo entre la leche de la vecina y el queso de cabra, he subido cinco kilos.

Adán – Sí, me di cuenta...

Ella lo mira cansada.

Eva – ¿Entonces, qué vamos a hacer?

Adán – Hay que enfrentar la realidad, el paraíso es como el club de vacaciones. Está bien para una semana o dos. Pero, ¿quién querría tener una concesión perpetua en el Club Med...?

Eva – Siempre podemos intentar vender la granja a los ingleses y volver a París.

Adán – Parece que la libra esterlina está subiendo.

Mirando el paisaje por un momento, como en un estado de ensueño.

Eva – ¿Te habías dado cuenta de que si estiran un poco el cuello, las cabras que están en el recinto pueden pastar tu cannabis al otro lado de la cerca...?

Adán – Y parece que les gusta, sí...

Balidos de las cabras que suenan como risas.

Eva – ¿Crees que el queso de las cabras que han pastado cannabis es alucinógeno?

Adán – No lo sé...

Eva – Debe tener el mismo efecto que un pastel de marihuana.

Adán – ¿Te das cuenta? Hemos inventado sin saberlo el queso de cabra de marihuana.

Eva – En todo caso, no está mal. Nuestros huéspedes lo pidieron tres veces anoche.

Adán – Eso explicaría su comportamiento un poco extraño...

Eva – Sí... (*Pensativo*) Nosotros lo hemos estado comiendo durante tres meses.

Nuevo silencio contemplativo. Eventualmente con música india relajante de los años setenta.

Adán – ¿Quiénes son esos dos idiotas que vienen por aquí pisoteando lo que queda de mis plantaciones de cannabis?

Eva – Ben, son los de esta noche... (*Lo mira sin entender.*) Los nuevos invitados... (*Ambos vuelven a sentarse en la mesa del desayuno, visiblemente abatidos.*) Estaba pensando en lo que me dijiste ayer.

Adán – ¿Qué?

Eva – En el cine, cuando se apagan las luces y la película está a punto de comenzar, ¿por qué siempre se sienta justo delante de nosotros esa pareja misteriosa de idiotas que siempre llega tarde y nos impide ver los subtítulos?

Adán – Puede que suene horrible lo que te voy a decir, pero me pregunto si no los atraemos nosotros. De hecho, mira, vienen a perseguirnos hasta aquí...

Balidos de cabras.

Eva – ¿Entonces qué hacemos?

Adán – No vamos a dejar que nos invadan sin hacer nada. Tenemos que defender nuestro territorio y vender caro nuestra piel.

Intercambian una mirada. Repentinamente, al unísono, vuelcan la mesa del desayuno para usarla como barrera y cada uno toma una de las dos pistolas (de juguete, por supuesto) que estaban pegadas debajo con cinta adhesiva.

Corte negro. Se escuchan ráfagas de disparos. Nuevos balidos de cabras asustadas...

Adán – Creo que derribé a uno.

Eva – Yo también.

Los balidos de las cabras cesan de inmediato.

Adán – No se escucha nada.

Eva – ¿Estás seguro de que no eran las cabras a las que acabamos de derribar? Ya no las oímos reír...

Música de fin.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
Encuentro en el andén
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Naufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El cuco
El yerno ideal
Foto de Familia
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Abril 2023

ISBN 978-2-37705-924-9

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.